



ESFERAS DE INFLUENCIA. EL MAPA INVISIBLE DE LA COMPETICIÓN ENTRE GRANDES POTENCIAS

Introducción

El 12 de febrero de 2025, el presidente estadounidense Donald Trump anunció que había acordado con su homólogo ruso Vladimir Putin la apertura de negociaciones entre ambos países para acabar con la guerra de Ucrania. Un anuncio que se producía poco después de que su secretario de Defensa Pete Hegseth declarara, en la vigésima sexta reunión del Grupo de Contacto para la Defensa de Ucrania, que no era realista esperar que el país volviera a las fronteras anteriores a 2014, ni que ingresara en la OTAN, ni tampoco que Washington proporcionara garantías de seguridad a Kiev. Y, por si quedaba alguna duda del compromiso estadounidense con el futuro de Ucrania, Hegseth insistió en que una paz duradera en este país exigiría sólidas garantías de seguridad, pero que serían los europeos quienes las deberían proporcionar. Además, si se decidía desplegar fuerzas de paz tras un eventual acuerdo de alto el fuego, no serían tropas de la OTAN ni quedarían amparadas por las provisiones del Artículo 5 del Tratado de Washington.

Estas declaraciones dejaban meridianamente clara la orientación estratégica de Estados Uni-

dos: el Indo-Pacífico como teatro prioritario, Ucrania como un interés secundario y la guerra en Europa como un problema europeo. Las reacciones no se hicieron esperar. Tal vez la más significativa y, en cierto modo, inesperada, fue la reaparición en el debate geopolítico del concepto de esferas de influencia¹. Una noción controvertida, propia de la lógica de la política del poder (*power politics*) imperante desde la Paz de Westfalia (1648) y que la consolidación del orden liberal internacional tras el final de la Guerra Fría había relegado al olvido. Sin embargo, en el actual escenario de competición entre grandes potencias, esta figura clásica de la geopolítica se perfila nuevamente como un elemento central para interpretar la reconfiguración del espacio internacional presente y futuro.

Partiendo de estos presupuestos, el artículo examinará el concepto de esferas de influencia desde una perspectiva teórica y práctica. Se analizará su evolución histórica, sus fundamentos geopolíticos y su relevancia en el diseño del orden internacional contemporáneo, marcado por el retorno del poder duro, la competición estratégica y la fragmentación del sistema global.

1. Duffy Toft, Monica (13 de marzo 2025): «The Return of Spheres of Influence», *Foreign Affairs*, <https://www.foreignaffairs.com/united-states/return-spheres-influence>

Guillem COLOM PIELLA
 Doctor en Seguridad Internacional
 Editor de *Global Strategy*

Sonia SÁNCHEZ DÍAZ
 Doctora en Ciencias Políticas

Las esferas de influencia

Una esfera de influencia puede definirse como un espacio geográfico o funcional sobre el que una gran potencia ejerce un control o influencia decisiva, generalmente excluyendo la intervención de terceros². Este concepto parte de la premisa de una estructura jerárquica en el sistema internacional, en la que los Estados más poderosos delimitan zonas que consideran de interés vital y sobre las que se arrogan derechos preferenciales en términos de seguridad, política exterior y economía³. A diferencia de las dinámicas imperiales o la anexión territorial, el ejercicio de esta influencia no requiere necesariamente la ocupación directa, sino que se articula mediante una combinación de superioridad militar, preeminencia económica, supremacía normativa, influencia cultural y dependencia tecnológica⁴. Estas dinámicas

otorgan a la potencia dominante la capacidad de condicionar la toma de decisiones de los actores situados dentro de su esfera, limitando su autonomía estratégica y restringiendo la injerencia de otros competidores en dicho espacio⁵.

Por lo tanto, desde un enfoque realista, las esferas de influencia constituyen una manifestación natural del equilibrio de poder. En un sistema internacional anárquico carente de una autoridad supranacional que garantice la seguridad de los Estados, las potencias buscan asegurar su supervivencia delimitando zonas que actúen como colchón para incrementar su profundidad estratégica, limitar las amenazas externas, maximizar su autonomía o proyectar poder frente a sus rivales⁶. La Doctrina Monroe (1823), la política del extranjero cercano (*near abroad*) rusa o el expansionismo chino en el mar de la China

2. Cooley, Alexander; Nexon, Daniel (2020): *Exit from Hegemony: The Unraveling of the American Global Order*. Oxford University Press.

3. Mearsheimer, John (2001): *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York: W.W. Norton & Company.

4. Aunque no se trata de nada nuevo, las esferas de influencia tecnológicas están adquiriendo un papel central en la época actual. Éstas se refieren a los dominios en los que las grandes empresas o Estados tienen un impacto decisivo sobre el desarrollo, distribución, control o gobernanza de tecnologías específicas. Estas esferas son clave en el contexto actual, ya que influyen en la forma en que las innovaciones tecnológicas se implementan, regulan o utilizan en distintas partes del mundo. Hoy en día, tecnologías como el 5G, internet o la inteligencia artificial son ejemplos claros de ello y de cómo potencias como Estados Unidos y China intentan utilizar estas tecnologías como herramienta de proyección (Weber, Valentín (2020): «Making Sense of Technological Spheres of Influence». Londres: *LSE Ideas*).

5. Ferguson, Niall (2012): *Civilization: The West and the Rest*. Nueva York: Penguin Books.

6. Waltz, Kenneth (1979): *Theory of International Politics*. Nueva York: McGraw Hill.

Meridional son ejemplos paradigmáticos de esta lógica. Así entendidas, las esferas de influencia son mecanismos de estabilización regional que permiten a las grandes potencias defender sus intereses y garantizar el *statu quo* en su periferia inmediata.

Sin embargo, desde la tradición liberal, el concepto de esfera de influencia es profundamente problemático, al ser percibido como una práctica anacrónica e incompatible con el orden

internacional basado en normas y en la igualdad soberana de los Estados⁷. Desde esta perspectiva, las esferas de influencia socavan el principio de autodeterminación de los pueblos y comprometen su agencia como actores, perpetúan una jerarquía internacional en la que «... los fuertes hacen lo que pueden y los débiles sufren lo que deben», como afirmó Tucídides en el siglo V a. C. y erosionan la cooperación multilateral como fundamento de un orden internacional estable y justo. Por estas razones, las esferas de influencia son contrarias a los principios de la Carta de las Naciones Unidas (1945) y, por extensión, al propio orden basado en reglas⁸.

A su vez, las perspectivas críticas consideran las esferas de influencia como una prolongación contemporánea de las estructuras de dominación imperial y colonial, ahora justificadas en nombre de la seguridad y el mantenimiento del orden internacional⁹. Estas zonas consolidan sistemas de dependencia económica, política, normativa, tecnológica o estratégica que perpetúan la marginalidad y el subdesarrollo de los Estados periféricos. En consecuencia, según esta óptica propia de mediados del siglo XX y actualmente difundida nuevamente por el denominado «Sur Global» y promovida por Rusia y China, las esferas de influencia reproducen la lógica centro-periferia y refuerzan la hegemonía de los centros de poder global, negando a las periferias su derecho a definir de manera autónoma sus proyectos de desarrollo político, económico y cultural¹⁰.



Tucídides. (Fuente: www.wikipedia.org)

7. Keohane, Robert (1984): *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy*. Princeton University Press.

8. Ikenberry, John (2011): *Liberal Leviathan: The Origins, Crisis, and Transformation of the American World Order*. Princeton University Press.

9. Said, Edward (2013) [1978]: *Orientalismo*. Madrid: Debate.

10. Wallerstein, Immanuel (2004): *World-Systems Analysis: An Introduction*. Durham: Duke University Press.

En resumen, a pesar de su arraigo como instrumento empleado por las grandes potencias para garantizar su seguridad, las esferas de influencia son un concepto controvertido a nivel normativo. La confrontación entre la lógica realista de la supervivencia y la creación de colchones de seguridad, el ideal liberal de un orden internacional basado en normas universales o la crítica poscolonial a la perpetuación de dinámicas de dominación y dependencia, hacen de esta idea un concepto clave para entender el mundo. Un mundo que, tras la pausa estratégica que empezó con la disolución de la Unión Soviética, volverá a configurarse con esferas de influencia de grandes potencias.

Un recorrido histórico por las esferas de influencia

Se podría afirmar que el origen de las esferas de influencia se pierde en el tiempo. En la Antigüedad, los grandes imperios —como Egipto, Persia, Roma, China y, más tarde, el Imperio Hispánico con el Tratado de Tordesillas (1494)— establecían zonas de influencia para proyectar su poder militar, económico, político o cultural, imponiendo con ello un orden jerárquico que limitaba la autonomía de los actores subordinados. Estos espacios se configuraban en torno a la lógica de la seguridad y el control territorial, buscando garantizar la estabilidad interna del imperio y preservar sus intereses frente a otras potencias rivales¹¹.

Con la Paz de Westfalia (1648), las esferas de influencia se consolidaron como un mecanismo informal de ordenación del sistema internacio-

nal para gestionar las relaciones entre las monarquías europeas. Aunque el principio de soberanía se asentó como norma básica del derecho internacional, éstas comenzaron a delimitar *de facto* áreas geográficas donde ejercían una influencia privilegiada. Si bien se reconocía la soberanía formal de los Estados, en la práctica existían jerarquías que otorgaban a las potencias predominantes derechos preferenciales en determinadas regiones. Estas zonas de influencia servían para mantener un equilibrio de poder que, aunque frágil, impedía la consolidación de un hegemon regional y proporcionaba una relativa estabilidad al sistema internacional¹².

Este patrón se consolidó tras el Congreso de Viena (1815) y la instauración del «Concierto Europeo», el primer gran intento de institucionalizar la cooperación interestatal como medio para mantener la estabilidad en el continente europeo. En este marco, las esferas de influencia se convirtieron en un instrumento clave para gestionar la rivalidad entre los imperios europeos, ya que les permitía trazar zonas de interés estratégico y establecer acuerdos tácitos sobre la distribución del poder en Europa y en su periferia. En otras palabras, las esferas de influencia permitían preservar el *statu quo* y garantizar una cierta estabilidad en el orden europeo decimonónico¹³.

Durante el siglo XIX, el auge del imperialismo y la expansión colonial llevaron al establecimiento de esferas de influencia en otras regiones del globo, como África, Asia y América Latina. La Conferencia de Berlín (1884-85) representó un hito en este proceso, al institucionalizar y legitimar el reparto

11. Watson, Adam (1992): *The Evolution of International Society*. Londres: Routledge.

12. Osiander, Andreas (2001): «Sovereignty, International Relations, and the Westphalian Myth», *International Organization*, vol. 55(2), pp. 251-287.

13. Bull, Hedley (1977): *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics*. Nueva York: Columbia University Press.

del continente africano entre las potencias europeas. Precisamente, el acuerdo alcanzado en la capital alemana consagró el principio de «ocupación efectiva» como base jurídica del dominio colonial, normalizando el establecimiento de zonas de control económico y político sin tener en cuenta la voluntad o el consentimiento de las poblaciones locales¹⁴. Las esferas de influencia de esta época se sustentaban en la supremacía militar, pero también en la imposición de marcos legales, sistemas económicos extractivos y normas culturales que reforzaban la autoridad de la metrópoli sobre los territorios subordinados. Así, el control de estos espacios no requería siempre de una administración directa, sino que podía articularse mediante protectorados, enclaves comerciales o regímenes títeres que garantizaban los intereses estratégicos, económicos y geopolíticos de la potencia dominante¹⁵.

En paralelo a estos procesos, Estados Unidos formuló en 1823 la Doctrina Monroe, que se convertiría en una de las primeras expresiones contemporáneas de una esfera de influencia en el hemisferio occidental. Bajo el conocido principio de «América para los americanos», Washington advirtió a las potencias europeas de que cualquier intervención en el continente americano sería considerada una amenaza directa a la seguridad y a los intereses de Estados Unidos¹⁶. Inicialmente presentada como una declaración de neutralidad y defensa de la soberanía de las nuevas repúblicas latinoamericanas, con el paso del tiempo se transformó en un instrumento de proyección hegemónica, legitimando la intervención política, económica y militar estadounidense en América Latina a lo



James Monroe, quinto presidente de los Estados Unidos.
(Fuente: www.wikipedia.org)

largo del siglo XIX y principios del XX. De este modo, la Doctrina Monroe consolidó una esfera de influencia estadounidense que limitaba la autonomía de los países latinoamericanos y excluía la presencia de potencias europeas, anticipando los mecanismos de control indirecto y dominación característicos del denominado «imperialismo informal».

La lógica de las esferas de influencia alcanzó su máxima expresión durante la Guerra Fría, cuando el sistema internacional quedó estructurado en torno a un orden bipolar. Los Acuerdos de Yalta (1945) simbolizaron este reparto informal

14. Pakenham, Thomas (1991): *The Scramble for Africa: White Man's Conquest of the Dark Continent from 1876 to 1912*. Nueva York: Harper Collins.

15. Niall Ferguson (2012): *op. cit.*

16. LaFeber, Walter (1993): *The American Age: United States Foreign Policy at Home and Abroad since 1750*. Nueva York: W. W. Norton & Company.

de áreas de influencia, sellando la división de Europa en dos bloques: el occidental, liderado por Estados Unidos, y el oriental, bajo la hegemonía de la Unión Soviética. Aunque sin un tratado expreso que lo estableciera, se consolidó un sistema de normas no escritas que reconocía la autoridad preeminente de cada superpotencia en su respectiva esfera y que imponía límites tácitos a la intervención directa en la zona de influencia del adversario¹⁷. Esta situación permitía gestionar la rivalidad estratégica y minimizar el riesgo de un conflicto nuclear directo en Europa, epicentro del equilibrio del poder bipolar.

La consolidación del orden bipolar no sólo supuso el reparto de Europa, sino también la estructuración de alianzas militares y marcos institucionales que formalizaban las respectivas zonas de influencia de las superpotencias. La OTAN (1949) en el bloque occidental y el Pacto de Varsovia (1955) en el bloque oriental funcionaron como mecanismos de cohesión y control, no sólo para contener al adversario, sino también para garantizar la lealtad ideológica, política y estratégica dentro de sus respectivos espacios geopolíticos¹⁸. En este sentido, la Doctrina Truman (1947) institucionalizó el principio de contención, justificando la intervención estadounidense en aquellos países que amenazaran con caer bajo la órbita comunista, mientras que la Doctrina Brezhnev (1968) dotó a Moscú de un marco normativo para intervenir en los asuntos internos de los Estados del Pacto de Varsovia,

legitimando la noción de soberanía limitada frente a cualquier desviación ideológica o política¹⁹.

Sin embargo, la lógica de las esferas de influencia no se restringió a Europa. La contención mutua en el Viejo Continente contrastó con la intensa proyección de la competencia bipolar hacia el Tercer Mundo. África, Asia y América Latina se convirtieron en tableros periféricos donde ambas superpotencias recurrieron a actores interpuestos (*proxies*), movimientos insurgentes y regímenes afines para ampliar o consolidar sus zonas de predominio²⁰. Lejos de respetarse las reglas de no-intervención vigentes en Europa, estas regiones fueron escenario de injerencias externas, golpes de Estado y guerras por delegación, como ejemplifican los conflictos en Corea, Vietnam, Angola o Afganistán. En estos espacios, las esferas de influencia no sólo respondían a dilemas de seguridad o la contención ideológica, sino que también se proyectaban sobre intereses económicos y el control de los recursos.

En otras palabras, el Tercer Mundo funcionó como un tablero periférico donde Washington y Moscú pusieron a prueba sus estrategias de proyección de influencia, empleando mecanismos de dominación económica, apoyo militar y promoción ideológica para fortalecer sus posiciones en el escenario global.

17. Lewis Gaddis, John (2005): *The Cold War: A New History*. Londres: Penguin Press.

18. Leffler, Melvyn P. (1992): *A Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration, and the Cold War*. Stanford University Press.

19. Zubok, Vladislav (2007): *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

20. Westad, Odd (2005): *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*. Cambridge University Press.

Las esferas de influencia que nunca se fueron

Con el colapso de la Unión Soviética en 1991, muchos teóricos y políticos proclamaron el «fin de la Historia»²¹ y anticiparon la consolidación del orden liberal internacional, sustentado éste en la gobernanza global, el multilateralismo o el respeto a la soberanía. Desde esta perspectiva, las esferas de influencia fueron consideradas un vestigio de la *power politics*, propias de un pasado superado por el avance de la interdependencia económica, la cooperación institucional o la primacía del derecho²². La ampliación de organizaciones multilaterales como la Unión Europea, la OTAN o la Organización Mundial del Comercio, junto al fortalecimiento de regímenes internacionales en ámbitos como los derechos humanos o el desarme, reforzaron la creencia en la progresiva erosión de la lógica de bloques y zonas de influencia²³.

Sin embargo, este diagnóstico realizado en los «felices años noventa» se ha demostrado excesivamente optimista. El agotamiento estratégico y el declive relativo de Estados Unidos, el ascenso de nuevas potencias como China y el revisionismo estratégico de Rusia han devuelto a la política internacional los patrones propios de la competición interestatal clásica, revalorizando el concepto de esferas de influencia como herramienta para comprender el funcionamiento del sistema internacional²⁴.

En este contexto, Moscú o Pekín están utilizando la lógica de las esferas de influencia para salvaguardar lo que consideran áreas vitales para

su seguridad y proyección de poder. Esferas que, en lo militar, se apoyan con estrategias anti-acceso y denegación de área (A2/AD) y la proyección de zonas grises para ejercer una influencia política sobre los Estados que pretenden convertir en satélites.

Más concretamente, la reivindicación de un espacio de influencia en el entorno postsoviético constituye el núcleo de la política exterior rusa desde el colapso de la Unión Soviética. Esta orientación quedó formalizada en la denominada Doctrina Primakov (1996), que concibe al



Yevgueni Primakov. (Fuente: www.wikipedia.org)

21. Fukuyama, Francis (1992): *The End of History and the Last Man*. Nueva York: Free Press.

22. Kupchan, Charles (2002): *The End of the American Era: U. S. Foreign Policy and the Geopolitics of the Twenty-First Century*. Nueva York: Knopf.

23. Keohane, Robert (2005): *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy*. Princeton University Press.

24. Mearsheimer, John (2018): *The Great Delusion: Liberal Dreams and International Realities*. New Haven: Yale University Press.

país como un polo independiente dentro de un orden mundial multipolar y defiende la necesidad de preservar un espacio de seguridad en su vecindad inmediata. Esta estrategia cristalizaría en iniciativas como la Unión Económica Euroasiática, destinada a contrarrestar la expansión de la Unión Europea o la doctrina de la «responsabilidad de proteger» a las comunidades rusoparlantes en el exterior, utilizada para justificar intervenciones como la toma de Crimea.

Los conflictos en Georgia (2008), la anexión de Crimea (2014) o la «operación militar especial» contra Ucrania (2022-) son expresiones claras de la voluntad del Kremlin de consolidar y defender esta esfera de influencia. En el caso particular de Ucrania, su papel como pivote geopolítico es crucial para comprender el enfoque estratégico ruso. Tal como señaló Zbigniew Brzezinski hace casi tres décadas: sin Ucrania, Rusia pierde su condición de imperio euroasiático; con Ucrania bajo su órbita, reafirma su estatus de gran potencia capaz de proyectar influencia tanto en Europa como en Asia²⁵. Esta percepción explica la determinación del Kremlin de impedir que Kiev se integre en las estructuras euroatlánticas, interpretando cualquier acercamiento a la Alianza Atlántica o la Unión Europea como una amenaza directa a su esfera de seguridad.

A nivel ideológico, el controvertido Aleksandr Dugin conceptualiza Ucrania como el «corazón» de la identidad geopolítica rusa. Su control es clave para la construcción de la «Gran Eurasia», un espacio estratégico donde

Rusia ejercería la primacía como civilización diferenciada y alternativa al Occidente liberal²⁶. Bajo esta visión, la defensa del espacio postsoviético no sólo responde a imperativos de seguridad, sino a la proyección de un modelo civilizatorio propio.

De hecho, el fallido golpe de mano ruso sobre Ucrania del 24 de febrero de 2022 pretendía, precisamente, imponer un gobierno afín a los intereses rusos para convertir el país en un Estado tapón aparentemente neutral o un vector sobre el que proyectar la esfera de seguridad rusa hasta las fronteras aliadas. De haber tenido éxito, este arriesgado golpe de mano habría permitido a Moscú retener a Ucrania, considerada como un interés vital de su política doméstica y exterior, dentro de su esfera de influencia directa. A su vez, ello le permitiría mantener el eje central de su perímetro defensivo, un cinturón que se proyecta desde Bielorrusia hasta el Cáucaso con un pivote en los países bálticos (el enclave de Kaliningrado)²⁷.

En definitiva, la guerra de Ucrania refleja el retorno a una lógica de zonas de influencia propias de la geopolítica clásica, donde las potencias delimitan espacios estratégicos que consideran esenciales para su seguridad y proyección internacional.

En paralelo al desafío ruso en Europa del Este, el ascenso de China está reconfigurando la geopolítica del Indo-Pacífico. A finales del siglo XX el país empezó a reivindicar un papel central en la región, y con ello generar una esfera de influencia capaz de contrarrestar la presencia

25. Brzezinski, Zbigniew (1998): *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Madrid: Paidós.

26. Dugin, Alexander (2013) [2009]: *La Cuarta Teoría Política*. Barcelona: Cultura Transversal.

27. Colom Piella, Guillem (2023): «Pensamiento militar ruso y suposiciones sobre la zona gris y la guerra en Ucrania», *Revista de Pensamiento Estratégico y Seguridad CISDE*, vol. 8(2), pp. 91-103.

militar y diplomática de Estados Unidos y sus aliados tradicionales. Una estrategia que, aunque revestida de un discurso de ascenso pacífico y desarrollo compartido o defensa de sus intereses vitales²⁸, responde a las lógicas clásicas de la *power politics* y la búsqueda de profundidad estratégica.

La Iniciativa de la Franja y la Ruta (2013) constituye el eje vertebrador de este proyecto geoestratégico. Presentada oficialmente como un plan de conectividad e integración económica que vincula Asia con África, Europa y América Latina, se ha consolidado como un instrumento clave para expandir la influencia de Pekín mediante la financiación de infraestructuras críticas, el otorgamiento de créditos blandos y la creación de dependencias económicas y tecnológicas. Esta estrategia de «poder blando con características chinas» se complementa con una creciente presencia militar, como demuestra la militarización de los atolones y arrecifes en el mar de la China Meridional, la construcción de bases en el extranjero (Yibuti), la creación de zonas A2/AD en la primera cadena de islas o el intento de imponer una zona de identificación de defensa aérea (ADIZ) en el mar de la China Oriental²⁹.

Pekín considera estas acciones como fundamentales para garantizar su perímetro defensivo y asegurar el acceso a los recursos y rutas comerciales indispensables para su desarrollo económico y estabilidad interna. De hecho, la doctrina de defensa activa del Ejército Popular de Liberación subraya la necesidad de asegurar

el control de los espacios marítimos adyacentes y de extender su influencia hacia la segunda cadena de islas, consolidando así su hegemonía regional y ampliando su radio de acción más allá de sus fronteras inmediatas³⁰.

Sin embargo, esta proyección regional —justificada por Pekín como un «destino común para la humanidad»— es percibida por sus vecinos y por Washington como un desafío directo al *statu quo* regional. Y no es para menos: la creciente asertividad china en el Indo-Pacífico genera profundas inquietudes sobre la libertad de navegación, el acceso a los bienes comunes (*global commons*) y el equilibrio de poder que, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, ha sustentado la estabilidad de la región bajo el paraguas de la primacía estadounidense³¹.

¿El regreso de un mundo de esferas?

A modo de conclusión, es posible anticipar el retorno a las esferas de influencia como mecanismo de ordenación del espacio internacional. Lejos de ser una reliquia del pasado, veremos cómo vuelven a convertirse en un instrumento fundamental para entender la competición estratégica en un sistema internacional cada vez más multipolar, fragmentado y competitivo. Las potencias como Rusia, China o Estados Unidos no sólo buscarán preservar o ampliar su influencia mediante la proyección militar, sino también a través de medios económicos, tecnológicos y normativos. Esta lógica responde

28. Xuetong, Yan (2011): *Ancient Chinese Thought, Modern Chinese Power*. Princeton University Press.

29. Green, Michael (2017): *By More Than Providence: Grand Strategy and American Power in the Asia Pacific Since 1783*. Nueva York: Columbia University Press.

30. Fravel, Taylor (2019): *Active Defense: China's Military Strategy since 1949*. Princeton University Press.

31. Allison, Graham (2017): *Destined for War: Can America and China Escape Thucydides's Trap?*. Nueva York: Houghton Mifflin Harcourt.

a la necesidad de proteger sus intereses vitales, definir las reglas de juego regionales y garantizar su seguridad en un entorno competitivo y cada vez más inestable.

Sin embargo, el resurgir de las esferas de influencia plantea desafíos fundamentales para la arquitectura de seguridad internacional. En primer lugar, tensiona los principios normativos que sustentaron el orden liberal de la posguerra fría, erosionando el ideal de igualdad soberana y el derecho de los pueblos a la autodeterminación. En segundo lugar, porque incrementa el riesgo de colisión entre las grandes potencias, al superponerse sus intereses estratégicos en espacios geopolíticos disputados. La guerra en Ucrania, la rivalidad en el mar de la China Meridional, las tensiones en el estrecho de Taiwán, la guerra por los chips y por el control de las cadenas de suministro, la competencia por los minerales críticos o la creación de esferas tecnológicas, como sucedió con el despliegue del 5G, son expresiones concretas de esta tendencia.

Frente al ideal kantiano de una comunidad internacional regida por normas universales, parece imponerse de nuevo la lógica hobbesia-

na de la política de poder. En este escenario, las esferas de influencia se volverán a consolidar como un mecanismo informal, pero efectivo, de organización del sistema internacional. Su persistencia reflejará tanto la continuidad de la política de las grandes potencias como el fracaso del multilateralismo liberal para gestionar la transición hacia un orden multipolar.

La pregunta clave es si este retorno a un mundo de esferas de influencia será un fenómeno transitorio o la manifestación de un nuevo equilibrio global. En cualquier caso, la gestión de estas zonas de influencia —aceptarlas, desafiarlas o intentar regularlas— será uno de los grandes dilemas de la política internacional del siglo XXI. Porque, en última instancia, la política de las esferas sigue siendo la política del poder. Y el desafío, como en otros momentos de la historia, reside en evitar que estas dinámicas deriven en conflictos abiertos o en la subordinación permanente de los Estados más débiles.

Así, el concepto de esfera de influencia no sólo sobrevive, sino que se reafirma como una clave interpretativa imprescindible para entender el presente (des-)orden estratégico.